

MEMORIA

SOBRE LA

SITUACIÓN ACTUAL DE LA MONARQUÍA



## MEMORIA

SOBRE LA

### SITUACIÓN ACTUAL DE LA MONARQUÍA <sup>1</sup>

---

SEÑOR:

Los primeros días de V. M. fueron brillantes y apacibles, su juventud estuvo cubierta de gloria y de esperanza; y cuando la Providencia hubiera de llamarle á su seno y cubrir de luto la vasta extensión de esta poderosa monarquía, todos debían pensar que los últimos momentos de V. M. serían acompañados con los gemidos de la multitud inmensa, que el espanto se asentaría sobre todos los corazones, y que el sepulcro abierto ante los pies de V. M. sería regado con las lágrimas de la desolación y el infortunio; todos debieron presumir que esa frente cubierta de gloria y de heroísmo debía reposarse tranquila en el silencio de la tumba, y que el astro que lució por tanto tiempo en el horizonte español debía concluir su luminosa carrera siempre grande y sereno, y no empañado su brillo, ni por el

<sup>1</sup> Esta Memoria no consta en ninguna de las ediciones de las obras de Donoso Cortés, aunque fué lujosamente impresa aparte en la imprenta de D. Miguel de Burgos el año de 1832; pero, habiendo llegado á nuestras manos, no hemos dudado en incluirla en esta edición, donde figurará como expresión del espíritu liberal que previno desde su principio el ánimo del que después había de reprobar con tanta elocuencia los pasados errores. Bien se echan de ver en este escrito las falsas tendencias humanitarias de la moderna civilización, así como el despecho y la ira contra los defensores de la alianza del Trono y del Altar, representada por D. Carlos V, así como la grande habilidad con que el joven extremeño inducía el ánimo del Rey en contra de ella y en favor del moderno progreso, disfrazado con las apariencias de nuestras antiguas Cortes y representado inocentemente por la hija de Fernando, en cuyo favor decidían los liberales todos el litigio dinástico, contra lo que después demostraron en luminosos opúsculos el Padre Magín Ferrer y D. Antonio Aparisi y Guijarro. Mírese, pues, el presente escrito como el fruto precoz de un talento que apuntaba ya gigante, aunque influido por las falsas ideas que por entonces dominaban y corrompieron el juicio de nuestro autor.



huracán, ni por las tempestades. Pero la Providencia, que guarda en la profundidad de su seno el secreto del destino de los hombres, y que siembra á la vez de flores y de escollos el áspero camino de la vida, ha reservado también la copa del infortunio para los labios de los reyes.

Vuestra Majestad había apurado todos los goces de la más brillante existencia. Apenas V. M. ocupó el trono que había heredado de una larga serie de ilustres antecesores, cuando una lucha espantosa empezó á llenar de sangre la arena de este desgraciado suelo; y en vez de los escombros que amenazaba producir, sólo sirvió de ocasión para que V. M. pudiese entonar el himno de la victoria coronado de laureles. Napoleón había cubierto con su sombra la luz del horizonte europeo; su mano de bronce amenazaba esclavizar la Europa toda, que se postraba ante sus pies como se postra el hombre ante el destino; su grandeza eclipsaba todas las grandezas de la tierra, y su planta inflexible hollaba de la misma manera los cetros de los reyes y las frentes de los pueblos. Habiendo visto derramar la sangre de su Rey y abismarse un trono sustentado por cien generaciones, él creyó que la hora era llegada de colocar la diadema de San Luis sobre la frente de un vasallo: él la colocó sobre su frente; y sentada la usurpación sobre el Trono, y no pudiendo coronarse con la gloria de diez siglos, se coronó con los rayos de su gloria. El mundo fué su víctima: la esclavitud su trofeo: los reyes perdieron su poder, su independencia las naciones.

Llegó, en fin, la hora de Fernando y de su España. El usurpador la pidió el tributo de su independencia y de su Rey; pero ella vengó á su Rey de su opresión y al mundo de su tirano. Señor, V. M. gobierna todavía con su cetro á esta nación magnánima y generosa, que responderá siempre con un *jamás* á la usurpación y alevosía; este *jamás* resonará en los oídos de la posteridad como la sentencia de un gran pueblo, lanzada contra el pérfido que ataque su existencia nacional ó los sagrados derechos de su Rey.

Afirmado V. M. en su trono, ha recibido siempre las ado-

raciones de este pueblo; si sus olas, alguna vez alteradas, se han movido al soplo de las revoluciones, la estrella de Vuestra Majestad no se ha eclipsado nunca, porque el amor ha sabido desvanecer las nubes que la cercaban, y conservarla radiante aun en medio de pasajeras tempestades.

Pero una enfermedad cruel ha atacado la preciosa existencia de V. M., y esa frente augusta, siempre protegida por la Providencia y halagada de la fortuna, ha sentido el peso de una traición inaudita en los fastos españoles. La página de la Historia que la posteridad la destina, será lúgubre y sangrienta; la España de los siglos venideros querrá borrarla del libro de sus Anales; pero sus caracteres indelebles resistirán á los esfuerzos del tiempo y de los hombres, como las palabras lúgubres y funestas grabadas en la sala del festín por una mano divina.

La pluma se resiste á pintar este cuadro sombrío y esta conspiración urdida en las tinieblas, porque no tiene suficientes colores para pintar su espantosa iniquidad y cobarde alevosía. Un gran Rey postrado en el lecho del dolor, y confiado en la fidelidad española; una Reina, la joya más preciosa de la España, la querida de su pueblo, la saludada de las Musas, en el noble abandono de la virtud y la inocencia, reclinada sobre el lecho de su esposo, acallando con su acento sus dolores, acompañando con gemidos su agonía, elevando al cielo sus ojos, puros como su corazón y bañados en lágrimas acerbas, y pidiéndole por única recompensa de su virtud el don que piden las almas elevadas, la suerte de acompañar á su esposo hasta la tumba. Señor: la augusta esposa de V. M., que es la mejor de todas las Reinas, hubiera sido también en la vida privada la mejor de todas las mujeres: ella hubiera honrado entonces la humanidad como ahora honra la humanidad y la diadema.

¿Quién hubiera pensado que contra ese seno celestial se elevaba el puñal del asesino? En tanto que la augusta esposa de Vuestra Majestad estaba reclinada sobre ese lecho, único ob-



jeto de sus temores y sus esperanzas, una facción que había crecido á la sombra del trono de V. M. proyectaba arrebatarse de la frente de su augusta hija la corona que V. M. le dejaba sobre el borde de su tumba; esta facción impía cantó el himno de su triunfo, y arrojó el guante del desafío en medio de la arena que iba á ser ensangrentada; ella rasgó su máscara alevosa, y se ostentó triunfante; el espanto heló todos los corazones; los buenos desaparecieron del teatro donde brillaban los puñales, y hubo un momento en que el estandarte de la usurpación flotó como un velo funeral sobre el horizonte de esta monarquía. Hubo, sin embargo, algunos que, dotados de aquella fuerza de alma que sabe resistir á la opresión y luchar con el crimen, enarbolaron la bandera de la legitimidad, y juraron, ó salvarla como bravos, ó perecer como buenos. Señor: el que expone fué uno de los primeros que se ofreció con todas sus relaciones en defensa de la mejor de todas las causas y el más justo de todos los derechos. Él se cree obligado á comunicar á V. M. sus observaciones sobre estos acontecimientos dolorosos, sometiéndolas á la sabiduría de V. M. con el más humilde respeto.

Pasadas las convulsiones de los tres años, V. M. volvió á regir, como señor, las riendas del Gobierno. Vuestra Majestad tendió la vista sobre España; y viendo con ojos de piedad los males causados por las disensiones políticas, V. M. determinó en su clemencia tender un velo sobre estos acontecimientos y cicatrizar las hondas heridas cuyo aspecto llenaba de luto su corazón paternal. Vuestra Majestad se presentó á sus vasallos ceñido de una corona de oliva, que heroseaba su frente, como la que heredó de sus mayores; la clemencia de V. M. le ganó más corazones que la sangre, la proscripción y la ignominia. Pero una facción que si llega á aborrecer nunca perdona; que ha dominado siempre por medio del terror; que, queriendo detener la corriente de los siglos, quisiera constituir las sociedades civilizadas con las instituciones teocráticas y feudales, y establecer en Europa la estúpida inmovilidad de las naciones

del Oriente, miró con horror desde el fondo de su egoísmo la augusta generosidad de nuestro amado Soberano. Desde que Vuestra Majestad, más sabio que ella, quiso ser un gran monarca que perdona, y no un débil barón de la Edad Media que castiga, los individuos que la componen, en el escrúpulo de sus conciencias, retiraron de su pecho el juramento de fidelidad á su Rey y se constituyeron en conspiración permanente. Tan hipócritas como alevosos, ellos se apoderaron de las avenidas del trono; y llegando algunos á los más altos destinos, sorprendiendo el carácter franco y generoso de V. M. con su profunda hipocresía, han derramado sobre la nación todo género de males. En tanto que este partido fanático y extranacional conspiraba contra V. M. sirviéndose de su augusto nombre para oprimir á una multitud de desgraciados, la mayor parte de los que siguieron la bandera de la Revolución en los tres años juraron en sus corazones defender al mejor de todos los monarcas; la revolución de Julio ha venido después para convencerles más y más de que las revoluciones sólo producen ruinas, para elevar su imperio sobre escombros. La Francia ha atravesado por medio de los horrores de la República, la gloria del Imperio, la serenidad de la Restauración y las convulsiones de Julio; pero ni de la República, ni del Imperio, ni de la Restauración, ni de sus convulsiones, ha nacido el principio que debe serenarla: la tempestad brama en su seno y la disolución acomete su existencia. Los españoles saben que la Revolución que ataca actualmente la Europa es menos una revolución política que una revolución social, en que se abisman todas las existencias, todos los intereses y todas las propiedades; ellos saben que toda revolución promovida por las masas va siempre acompañada de una irrupción en las propiedades, porque las masas no hacen las revoluciones por principios, sino por intereses; ellos han visto que las páginas de todas las revoluciones están escritas con sangre, y que siempre fueron sus primeras víctimas todos los que descollaron. Convencidos de estas verdades, señor, los españoles, ni son revolucionarios ni conspiradores, y si los



hay es preciso buscarlos en esa facción impía que ha cantado su triunfo sobre el sepulcro entreabierto de V. M., y que se ha rebelado alevosamente contra las legítimas sucesoras del augusto trono que V. M. ocupa para la felicidad de toda la monarquía. En España no hay más partidos que el de la legitimidad y el de la usurpación. El primero, que propiamente no debiera llamarse partido, es el de todas las clases del Estado, y representa todos los intereses y todas las garantías sociales; el segundo, menos numeroso pero por lo mismo más fanático, no se apoya en ningún principio, ni en ningún interés social, y, sin embargo, señor, es fuerte; es fuerte porque sabe bien lo que quiere; es fuerte porque tiene una voluntad única y enérgica, y porque tiene un sistema ocultamente seguido y ha mucho tiempo combinado. Toda facción que no representa una idea es siempre débil, porque no puede ser contagiosa y apoderarse de la imaginación de las masas; pero si esta facción no puede triunfar asegurando sólidamente su triunfo sobre la absoluta destrucción del Gobierno, puede, si tiene unidad y sistema, hacerle vacilar sobre su base y conseguir un triunfo momentáneo, pero sin duda sangriento. El partido de la legitimidad es más sólidamente fuerte porque, apoyándose sobre la nación y representando una idea, es contagioso en las masas; y tiene un porvenir, porque tiene hondas raíces y está grabado en la memoria del pueblo. Pero, señor, es preciso confesarlo: sorprendida la legitimidad por la usurpación, no ha podido organizarse, y carece de unidad y de sistema. En la lucha entre el Gobierno y las facciones, será aquél víctima de éstas si se abandona á fuerzas individuales y se reposa del cuidado de su existencia en el imperio de las leyes: jamás las leyes destruyeron una sociedad creada para aniquilarlas, ni conservaron un Trono combatido de revoluciones; el Gobierno debe tener la fuerza de una facción, y organizarse como si lo fuera; debe haber unidad en la cima del poder, porque sin unidad no puede concebirse un sistema, ni sostenerse un principio; la más leve diferencia de opinión en una cuestión importante entre los mi-

nistros de V. M., dividiendo en fracciones á los que sostienen el Trono y debilitando su poder, amenazan su existencia.

Los enemigos de V. M. han dicho: "Dividamos para destruir,"; y ellos han creado esos nombres de *blancos* y de *negros*, que han hecho derramar tantas lágrimas, que han cubierto de luto tantas familias, y que han pesado como un sello de proscripción sobre las frentes más puras.

Señor, los buenos dicen: "Unamos para conservar,"; las sociedades no existen si se relajan los vínculos sociales: las que solo son palabras para el filósofo, son cosas para los pueblos: jamás un nombre ha dejado de producir una revolución, y jamás le ha faltado ni una bandera ni un partido. En España no hay más que leales ó perjuros.

Creado el sistema y dada la unidad, es preciso crear la legalidad y el entusiasmo. Señor: con el apoyo de sus antiguas y venerandas leyes ha atravesado esta antigua Monarquía por medio de los siglos, siempre grande y poderosa, y el brillo de sus reyes ha eclipsado en un tiempo el de todos los reyes de la tierra.

Si V. M., después de haber salido del sepulcro para colocarse sobre el trono, pronuncia el nombre de las antiguas Cortes de este reino, ellas sacudirán el polvo de los siglos, inclinarán su frente ante el más generoso de todos los monarcas, y su voz será el acento de la fidelidad para su rey, y la sentencia de muerte lanzada contra la usurpación y alevosía.

El partido de la usurpación, señor, que conoce su debilidad y sabe que no puede ser fuerte sin un apoyo poderoso, había pensado convocar las antiguas Cortes para afirmar sólidamente su triunfo. Tan cierto es, señor, que la voz de la nación no es indiferente para el establecimiento de las leyes fundamentales de la Monarquía.

Ella la reviste de un carácter sagrado, les da aquella perpetuidad solemne que acompaña todas sus decisiones, les imprime la sabiduría de los siglos, y pasan á la veneración de la posteridad más remota. Señor: en la voz de la nación reposa